

ALESSANDRO FERRARA, *El horizonte democrático. El hiperpluralismo y la renovación del liberalismo político*, trad. de Antoni Martínez Riu, Herder Editorial, Barcelona, 2014. 431 páginas.

Esta obra es una traducción afortunada de un libro que se ha publicado simultáneamente en inglés. De la extensa lista de publicaciones de Alessandro Ferrara, este es el tercer texto que sale en lengua castellana. En él, se recogen una serie de ponencias, publicaciones y conferencias, que muestran cómo un diálogo constante con grandes pensadores puede dar un fruto maduro y nutritivo. Su anterior publicación, *La fuerza del ejemplo*¹, ofrece claves para entender su nueva obra, aunque no resulta esencial para seguir los argumentos que aparecen en el libro. La preocupación del autor por la democracia y la herencia del liberalismo político se expresa en una búsqueda de prioridades políticas acordadas por vía del consenso y la imaginación (p. 11). Así, nos explica Ferrara que no puede haber “política alguna democrática, progresista y transformadora que no recurra a la capacidad de la imaginación para motivar, dotándola de buenas razones” (pp. 38-39). Este pensador italiano de gran proyección internacional sostiene que los criterios morales de una comunidad no tienen por qué ser externos, sino que pueden surgir de nuestras propias formas colectivas o sociales de pensar, pero solo si usamos la imaginación; sin ella “no es posible ningún tipo de *pensamiento amplio*, sino solo un solipsismo cognitivo de grupo”

(pp. 86-87). En ausencia de una visión panorámica que nos permita considerar al otro, no podríamos superar una visión colectiva anquilosada, atada a una forma de ser concreta, sin capacidad para adaptarse a un mundo en flujo. La política requiere el uso de la imaginación para justificar los derechos humanos, pues esta confiere un aura de sacralidad a los valores de mayor rango, como la “dignidad humana, derechos humanos, libertad, justicia, tolerancia, igual respeto, respeto del pluralismo” (p. 90). La justificación de los derechos humanos como base para un mundo mejor surge de imaginar una sociedad en la que se dé algún tipo de progreso humano (p. 88).

Este pensador lanza la tesis de que la democracia:

Tiene la oportunidad de convertirse en una forma política verdaderamente universal solo si la *democratización* no ha de continuar siendo sinónimo —como ha sido durante mucho tiempo— de *occidentalización* y se abre realmente a la diversidad (p. 20).

El autor se muestra ansioso por hallar una forma de potenciar la democracia sin que esté limitada por las tradiciones occidentales nacidas de la reforma protestante. Ferrara nos presenta una serie de cambios

¹ Alessandro FERRARA, *La fuerza del ejemplo*, Gedisa, Barcelona, 2008.

recientes que hacen que el mundo sea un sitio más inhóspito para este sistema (p. 389): la democracia es como una planta que crece con fuerza en terreno fértil, pero que se marchita en tierra árida. Hoy en día la tierra en la cual crece tiende a ser poco propicia por varias razones: el consentimiento de los gobernados solo es evidente en el más elevado marco constitucional, hay un predominio de las finanzas sobre lo político, se complica la política por cambios tecnológicos y sociales, y nuestras sociedades se han convertido en enormemente plurales (pp. 29-30).

El esfuerzo de Ferrara por ampliar las bases de la democracia hacia algo supra-occidental comienza con una perspectiva que se extienda más allá de los fundamentos cristianos. Este autor no reniega de la cultura occidental; más bien intenta hacerla inclusiva para que adquiera el rango de una concepción universal de la política. Basándose en la perspectiva clásica del liberalismo político de John Rawls (1921-2002), este texto indaga en las condiciones para un uso legítimo del poder en medio de la diversidad y el pluralismo (p. 390). Así, ofrece una “reflexión sobre cuál podría ser el *éthos* democrático de una sociedad *tardo-moderna* o *posmoderna*” (pp. 392-393). Argumenta a favor de ampliar la lista de virtudes que son necesarias para un consenso en la sociedad a largo plazo, yendo más allá de las virtudes rawlsianas de tolerancia y acercamiento a otros, la razonabilidad y el sentido de equidad, junto con la civilidad. Estas caracterizan el *éthos* democrático de orientación al bien común, igualdad y valoración de la individualidad (p. 393). Pero para el siglo veintiuno postula que serían necesarias nuevas virtudes políticas como

el concepto de *agápe* de Charles Taylor, la hospitalidad de Jacques Derrida (1930-2004), o la generosidad presuntiva de Stephen White (pp. 112-117). Dadas sus dificultades conceptuales, Ferrara se centra en el valor de la *apertura*, una “receptividad ética” hacia el otro, y hacia nuevos desarrollos teóricos o ideas (p. 394). En todo caso, como lectores, entendemos que sea una virtud, pero cuesta concebirla como un valor fundamental de la democracia. Por otra parte, el autor busca salvaguardar la integridad de la identidad democrática, que sería el “límite más allá del cual la apertura deja de ser una virtud positiva” (p. 126).

Con todo, nos preguntamos, ¿por qué “un católico, un judío, un musulmán, un marxista secular comprometido debe hacerse liberal y sentir respeto por el pluralismo?” (p. 141). Para encontrar la respuesta, en el capítulo 3, Ferrara selecciona ejemplos de pensadores cristianos, judíos e islámicos que incorporan una aceptación del pluralismo. Este ejercicio se puede repetir para otras religiones y culturas, siempre llevando a la conjetura de que si alguien cree una cosa, “tiene también todas las razones de aceptar el pluralismo y la tolerancia, y abstenerse de imponer, mediante el poder coercitivo de la ley, sus creencias a los que las rechazan” (p. 147). Ferrara discrepa de aquellos que entienden la democracia como un sistema político que representa la culminación del protestantismo radical, pues entonces en los demás países estaría condenada a ser una mera forma procedimental (p. 99). Esta interpretación de constreñimiento histórico puede parecer algo forzada, pues hoy en día es más frecuente entender las raíces protestantes de ciertas democracias occi-

dentales como un mero factor histórico, no como algo que las predestine de alguna manera. Aun así, es interesante asumir la idea de superar los límites históricos que definen a las democracias.

El principal reto al que nos enfrentamos en la actualidad es el hiperpluralismo, una situación de gran diversidad cultural en cada país, y que hace que sea difícil cimentar un acuerdo social amplio de apoyo a la democracia liberal. En todo caso, en un régimen democrático plural (o multivariado en los términos de Ferrara), incluso los ciudadanos más escépticos apoyarían la democracia por razones de prudencia (p. 397). Otro obstáculo es, según algunos autores, que el liberalismo político no es en realidad tan neutral como propone ser (*ibidem*). Algunos teóricos políticos de la corriente agonista acusan al liberalismo de “descartar de forma preventiva los casos realmente problemáticos de diversidad” (p. 179). Esta crítica es examinada en este volumen. El autor concluye que el liberalismo político tiene una amplitud teórica suficiente incluso para sociedades profundamente divididas (p. 398).

Ferrara sostiene que la diversidad cultural no es un impedimento para una base común bajo un mismo *éthos* democrático, aunque se mantengan diferencias en los valores políticos. Esto lleva a generar “*múltiples versiones* de la ‘sociedad justa y estable de ciudadanos libres e iguales’, que constituye el núcleo del liberalismo político” (p. 398). España es un buen ejemplo de un país que se enfrenta al reto de construir una democracia coherente ante visiones culturales e históricas dispares.

Tras un examen de posibles puntos de convergencia entre distintas culturas, Ferrara halla puntos de encuentro en las

diversas religiones del mundo, y concluye que:

Es posible encontrar consonancias adecuadas en todas las religiones históricas para la mayoría de los principales componentes del “espíritu de la democracia”: en concreto, para la orientación al bien común, la noción positiva de pluralismo, la noción de gobierno legítimo apoyado en el consentimiento de los gobernados, la igualdad de los ciudadanos y la valoración positiva de la individualidad (p. 263).

Habría que aclarar aquí que el autor no está buscando crear un lenguaje o campo democrático en el cual poder expresar la fe; al revés, está buscando mantener la democracia como concepto fundamental, de consenso, incluso para aquellos que usen un lenguaje de fe en sus vidas. Por otra parte, Ferrara busca convencer a todos de que un lenguaje racional y a-religioso es el punto de encuentro en una democracia liberal. En contraste, es difícil encontrar un acuerdo internacional en torno al peso de los deberes frente a los derechos, y en la cuestión del consenso o del agonismo en la democracia. Según se ponga mayor énfasis en uno u otro, habrá distintos tipos de democracias (pp. 264-265).

El capítulo 6 examina el multiculturalismo, pero por falta de espacio no entraremos a fondo en esta cuestión, ni tampoco tocaremos su interesante discusión de la Era Axial. La conclusión de Ferrara es que “el multiculturalismo no es incompatible con los principios fundamentales de un Estado liberal-democrático de derecho concebido en la línea del liberalismo político” (p. 305). Así, las identidades son importantes y se tendrán que tener en

cuenta en las democracias liberales, pero no tienen por qué definir lo que es el consenso nacional en temas políticos.

La democracia deliberativa es analizada en el capítulo 7. A diferencia de la democracia como mera aglomeración de votos, o de elites que controlan partidos, esta versión implica participar en un debate sobre políticas, iniciativas y medidas que reflejan el interés general. Así, en la democracia deliberativa las políticas se deciden *conjuntamente*, y sin coerción, “no alcanzadas solamente *en el foro interno* para luego inspeccionar su compatibilidad con las concepciones comprensivas razonables de bien existentes” (p. 318). Es decir, la democracia deliberativa resultaría de un proceso más público que la clásica visión liberal de la democracia. Ferrara examina además el concepto de gobernanza, basándose en la idea de que describe una gestión política que no está directamente ligada a imponer sanciones por incumplimiento. Propone que la gobernanza supranacional, una realidad en la Unión Europea, puede ser factible como forma democrática si respeta elementos constitucionales esenciales y si existe una adecuada rendición de cuentas (pp. 400-401). La gobernanza estaría basada en la subsidiariedad, y debe concebirse como la coordinación de redes de acción sin una autoridad que pueda hacer uso de la fuerza (pp. 319, 323).

El autor termina este texto con una discusión sobre la importancia de concebir la verdad no como algo absoluto, sino como

algo justificado y razonable (p. 402). Esta postura filosófica pragmatista, que se podría considerar como una muestra de la influencia en Ferrara de la filosofía norteamericana, borra la tensión intrínseca entre verdad y justificación. Así, para medir conceptos políticos, a menudo hace falta atribuir mayor prioridad a un significado que a otro. En los casos en que no sea un asunto de mera convención, estaremos en el terreno de paradigmas rivales donde las verdades se asemejan más a justificaciones que a una correspondencia con una realidad (pp. 383-384).

En resumen, este autor demuestra un gran dominio de destacados pensadores de la teoría política del siglo veinte, con referencias al pensamiento clásico griego y romano. La trayectoria intelectual de Ferrara, desde sus comienzos en Estados Unidos hasta su distinguida presencia en la teoría crítica continental, nos muestra un pensador flexible y actual. Su evaluación honesta de perspectivas tan diversas como las de Taylor y Derrida, Rawls y Jürgen Habermas, junto con multitud de otros autores, nos señala su sentido de síntesis y de esfuerzo por mantener la interacción de perspectivas relativamente dispares. El gran reto está en ver si las democracias serán capaces de evolucionar hacia algo tan inclusivo como lo que propone Ferrara, sin perder su esencia.

DANIEL BLANCH